



SIMONE WEIL
LA AGONÍA DE UNA CIVILIZACIÓN Y OTROS ESCRITOS DE MARSELLA
Edición de Carmen Revilla.
168 pp. 15 €

Los escritos de Simone Weil, en su mayoría póstumos, tienen ese carácter de obra inacabada que conviene a todo verdadero pensamiento. La filósofa francesa nos invita a un interminable trabajo de lectura del mundo y de nosotros mismos. Su práctica, de una consecuencia poco común, nos desconcierta. Es como si, queriendo ser ante todo hija de su tiempo, fuera por delante de todos nosotros y casi de todo tiempo.

«No podrías desear haber nacido en una época mejor que esta, en la que todo se ha perdido». Esta meditación «a sí misma», al modo de su querido Marco Aurelio, describe bien, en su deliberada paradoja, la práctica de Simone Weil (París, 1909-Ashford, Reino Unido, 1943). La anotación es un poco posterior a su insólito paso por distintas fábricas entre diciembre de 1934 y mayo de 1935, de cuya experiencia dejó constancia en *La condición obrera*: una catábasis de la que regresa destrozada no sólo física sino, sobre todo, moral y espiritualmente. Como escribirá a una amiga: «Todas las razones en las que para mí se basaba el sentimiento de mi dignidad, el respeto hacia mí misma», habían sido «quebradas radicalmente bajo el golpe de una coacción brutal y cotidiana». Con brío y perspicacia había analizado anteriormente el mecanismo de la opresión en sus *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. Ahora, en la fábrica, «confundida con la masa anónima», su genial penetración descubre de forma imprevista el dolor sordo, inexpresable, de la «desgracia de los otros», que pesará para siempre sobre ella.

En plenos años 30, Simone Weil hace el inventario de una civilización también en quiebra. Desde 1931, esta antigua alumna de la Escuela Normal Superior y profesora de filosofía en liceos femeninos, se viene significando por su intensa actividad en el sindicalismo revolucionario francés. Escribe, interviene, disputa. Pide a sus compañeros de militancia que tengan el cora-

je intelectual de preguntarse «si el término revolución es algo más que una palabra».

No teme ir a la contra. Lo ha aprendido de su maestro Alain, «el ciudadano contra los poderes», quien enseña que «la duda es la sal del espíritu» y que «hay que examinar siempre». El malestar de la época, piensa su discípula, exige poner en cuestión hasta las evidencias más preciadas (*Amicus Marx...*) y elaborar herramientas de comprensión a

Simone Weil, el compromiso de una mujer indomable

La Editorial Trotta continúa editando la obra de la pensadora francesa, cuyos textos iluminan la historia del siglo XX europeo

la altura de los tiempos, en los que se asiste al auge del Estado totalitario. Sabe que la verdadera acción sólo es posible desde la lucidez, sin renunciar a ella, pero sin dejarse paralizar por ella, con «fuerza de alma y de espíritu». En su caso singular concurren, además, una inclinación natural por las causas perdidas y una acusada sensibilidad hacia las víctimas de la coerción o la violencia.

por
ALEJANDRO DEL RÍO HERRMANN

Viene a España en agosto de 1936, pues, como dirá en su carta a Georges Bernanos, «no podía dejar de participar moralmente en esa guerra». Lo que ve, oye y percibe, inmersa en «ese olor de guerra civil, de sangre y de terror», marca decisivamente su pensamiento.

La 'Iliada'. «En cuanto a mí, tuve el sentimiento de que, cuando las autoridades temporales y espirituales han puesto una categoría de seres humanos fuera de aquellos cuya vida tiene valor, no hay nada más natural para el hombre que matar». Nada más natural que la barbarie. Nada tan inconcebible como resistirse a ella. España es para Weil la experiencia definitiva del desgarrar: reconocer que, a pesar de su buena fe, «las necesidades y la atmósfera de guerra civil prevalecen sobre las aspiraciones que se tratan de defender por medio de la guerra civil». La guerra, tumba de la revolución. Lo fue en Rusia, recuerda. Vuelve a serlo en España.

Opresión, desgracia, barbarie. En su ensayo sobre la *Iliada*, recogido ahora en *La fuente griega*, Simone Weil condensa las distintas modulaciones de una misma intuición fundamental. El dominio de la fuerza es omnimodo, nada ni nadie escapa a su imperio en este mundo, ni vencedores ni vencidos. Ya sea que petrifique o impulse, que humille o embriague, la fuerza siempre cosifica.

Pero, en medio de la lúgubre monotonía de su horror, hay «momentos luminosos dispersos aquí y allá; momentos breves y divinos en que los hombres tienen un alma». Un alma que «despierta por un instante, para perderse enseguida». Esos raros «momentos de gracia» atestiguan el verdadero «genio épi-



Judía por tradición familiar y agnóstica por convencimiento, Weil, fugitiva del nazismo, refugiada en Marsella y Nueva York, desembocó

en un catolicismo tan original como ambivalente. La escritora, que no publicó ningún libro en vida, fue una de las grandes influencias

doctrinales del Papa Pablo VI. Albert Camus, que editó varios de sus trabajos, la describió como «el único gran espíritu de nuestro tiempo»

», porque ponen al desnudo la miseria de la condición humana sin revestirla con los falsos prestigios de la gloria o de la grandeza. Muestran su conmovedora fragilidad. Por un instante apenas, milagrosamente casi, contrapesan la oscuridad. Tal es la enseñanza contenida en el poema homérico: «No creer nada al abrigo de la suerte, no admirar nunca la fuerza, no odiar a los enemigos y no despreciar a los desdichados». Tal es el bagaje con el que Weil decide abandonar las posiciones pacifistas para combatir al hitlerismo.

Mística y política. Entre 1940 y 1943 busca realizar «una forma extrema de acto de guerra»: el inaudito «proyecto de enfermeras de primera línea» del que espera una doble eficacia, estratégica y espiritual. Las estaciones de este periplo frustrado (Marsella, Nueva York, Londres) traen, con todo, la maduración de su pensamiento: una creación «tan difícil cuanto rara» que suele presentarse como una confluencia de mística y política.

Su propia experiencia interior no quiso revelarla sino a contados interlocutores y más bien como prueba de los medios improbables que ensaya la gracia para colarse por entre la compacta pesantez del mundo. Pero trasluce en textos en torno a la espera, la atención y la desdicha, originales iniciaciones en la vía mística. En el terreno político, renueva la vieja inspiración platónica: «Habitar la ciudad en estado de vigilia». Hasta sus esbozos últimos para la Francia Libre, no dejó de ocuparla el problema de un orden político legítimo, la tensión entre «arraigo» y «decreación», el trabajo físico como «centro espiritual» de la vida social o la misteriosa contradicción entre la necesidad y el bien.

L
Alejandro del Río Herrmann, escritor, traductor y editor de la Editorial Trotta, ha dedicado gran parte de su labor intelectual al estudio de la obra de Simone Weil.